

# LA PRIMERA EDAD.

## SUMARIO.

La buena Madre.—El Pajarito.—El que ama lo feo, hermoso le parece.—La Obediencia.—Santa Isabel, reina de Hungría.—Cuentos de Schmid.—Explicacion del figurin iluminado.—Anuncios.

### LA BUENA MADRE:

¡Cuán feliz es la honrada y sencilla familia que habita la cabaña del valle! Hace cuatro años que Margarita se casó con Eugenio; ella era una modesta obrera, él labrador de los alrededores de Toledo, y cuando poco á poco y á costa de grandes privaciones lograron reunir algunos ahorros, su primer pensamiento fué cumplir lo que ambos anhelaban, casarse y disfrutar de aquella felicidad ignorada, sin ambicion y sin aspiraciones.

Aquella casita en que habitaban la heredó Eugenio de sus padres, y en ella nacieron sucesivamente los dos niños que habian colmado la dicha del matrimonio.

Eran pobres, pero se consideraban más ricos que los que en la ciudad moraban en suntuosos palacios, porque en su pobreza estaban libres de las exigencias del

mundo y de sus preocupaciones. Un dia el dolor penetró en el risueño albergue de Margarita.

Desolada y vacilante corrió en busca de Eugenio, y con trémula voz le dijo:

—Nuestro Bastian se muere, tiene una fuerte calentura y la tos le ahoga.

Eugenio regresó á su casita y encontró al niño en un estado tal de gravedad, que dejándolo al cuidado de Margarita, fué en busca del médico.

Cuando volvió, el niño estaba peor, y en pocas horas el mal hizo rápidos progresos, hasta el punto de declarar el médico que no habia remedio, y prevenir á Eugenio que procurase apartar á su mujer de aquel sitio.

El honrado artesano acudió á una vecina, y ésta no pudo conseguir que Margarita se apartase de su hijo.

—No, la dijo; comprendo el estado de Bastian, acato la voluntad del Señor, y como buena cris-



tiana sabré resignarme, pero no será una mano extraña quien le cierre los ojos ni se cuide de los últimos deberes.

Ruegos, lágrimas, persuaciones, nada pudo influir en el ánimo de Margarita.

Valiente como una mujer de la Biblia, ocultaba su dolor para que Eugenio no se abatiera, y al mismo tiempo sin descuidar un momento el cuidado de su segundo hijo ni de su casa.

Durante la noche, cuando estaba sola, derramaba lágrimas de profunda pena, entónces desahogaba su pobre corazon.

¡Infeliz madre! Una madrugada que, como siempre, espiaba con la mayor ansiedad los menores movimientos del niño, le vió agitarse convulsivamente.

Lo tomó en sus brazos, lo abrigó sobre sus rodillas y lo besó para calmarlo.

El niño pasaba sus manecitas por el semblante de su madre, y al tocar sus ojos húmedos por el llanto, la dijo:

—No llores, mamita; si me muero voy con los ángeles; no llores.

Fueron las últimas palabras del niño: desde aquel momento empezó su agonía, y acariciando el rostro de su madre, desgarrándola

el corazon con sus quejidos y sus sacudidas nerviosas, espiró en sus brazos.

Pintar el dolor de Margarita sería imposible.

¿Acaso hay nada que se parezca al pesar de una madre que pierde á su hijo?

El corazon materno jamas olvida, y si la Providencia ha concedido á las madres el consuelo de la maternidad, el inefable y purísimo amor, fuente de todas las alegrías, manantial fecundo de sensaciones purísimas y sentimiento el más dulce que puede albergar la mujer, es tal vez porque de ese modo desarrolla aún más su sensibilidad y la une con lazos más inquebrantables al compañero de su vida.

Margarita, como esposa y madre, encerró en su pecho su pesar, pero erigió un templo en su corazon al recuerdo de su hijo.

Cuanto le habia pertenecido fué recogido religiosamente y guardado, pareciéndole que allí quedaba la esencia de su hijo.

Eugenio comprendió la fortaleza de su esposa, pero como su salud era delicada, no pudo resistir la pérdida, y enfermó gravemente.

En aquella casa, en donde sonreía hacia algunos meses la felici-



dad, se habia aposentado la muerte, y con ella la miseria y las privaciones.

Eugenio era un buen ebanista y trabajaba á jornal, pero con su enfermedad se agotaron los recursos que, con el buen orden de Margarita, habian crecido de dia en dia.

La pobre esposa se multiplicó, y su abnegacion no reconoció límites. Su hijo era pequeño, su marido estaba enfermo, pero ella tenía valor.

Por la noche ejecutaba labores de aguja, tales como gorritos, refajos, fajas y medias, y durante el dia se ocupaba en coser ropa blanca, lo que hacia con extraordinaria rapidez y sin descuidar un momento ni al enfermo ni dejar de dar leccion de lectura á su hijo.

Eugenio caminaba rápidamente hácia el desenlace de su enfermedad, y se acababa por instantes.

Margarita era el ángel de consuelo en aquel hogar triste y miserable.

Ni la fatiga la arredraba, ni las amarguras hacian decaer su ánimo.

Era la mujer fuerte, la madre cariñosa, la esposa á la altura de su mision en la tierra.

Amaba á su marido con pasion

y le veia morir; pero comprendia que tambien era madre y debia tener valor para que su hijo no quedára huérfano.

Nada quedaba en aquel pobre albergue. En vano Margarita habia agotado su inteligencia para crearse recursos, la enfermedad llevaba todo tras de sí; despues de una lucha dolorosa entre su corazón y su deber, se decidió á vender la sortija que la habia regalado Eugenio el dia que se casaron.

En la ciudad vecina se la compraron, y aquel anillo de oro pagó las últimas medicinas que el infeliz Eugenio necesitó.

—No pasará de esta noche, dijo el médico.

Y lo mismo que con su hijo, quiso tener Margarita el triste recuerdo de haber cerrado los ojos á su marido.

Aquel deber lo llenó piadosamente, pues exhaló, asido á su cuello en un abrazo, el supremo, el último suspiro.

El llanto la ahogaba; lo habia contenido todo el dia y toda la noche, para que el infeliz esposo no comprendiera el por qué de su afliccion.

Las lágrimas son el rocío del corazón, y como se le habian negado,



el estado de la pobre viuda se hizo grave en poco tiempo.

—Valor, Margarita, la dijo una caritativa vecina; tienes un hijo y debes vivir para él.

—El pesar ha hecho lo olvide por un momento: tienes razon; mis oraciones para mi amado Eugenio, pero mis fuerzas, mi salud y mi vida para Alfonso. Gracias: tus palabras, al recordarme un deber, me han salvado.

Y sobreponiéndose á todo, logró á los dos dias levantarse y empezar á pensar en cubrir sus necesidades, lográndolo á fuerza de trabajo y de perseverancia.

Su hijo creció, y sin otro maestro que su madre, á los siete años sabía leer y escribir.

En Madrid tenía una tia muy rica, casada con un relojero de nombradía, y que no tenía heredero alguno.

—Si yo pudiera presentar allí á mi Alfonso, pensó Margarita, quién sabe si como aprendiz lo admitiria; pero ¿y el viaje? Yo nada necesito para mí, pues fácilmente encontraré una casa en donde servir, y con mi salario vestiré á mi hijo.

Margarita tenía alma varonil, y no vaciló en sacrificar la modesta casita, lo único que poseía, para el porvenir de aquel niño.

Sola y á pié emprendió su viaje, deteniéndose en las granjas cuando llegaba la noche, y feliz si encontraba un pajar en donde descansar con el niño.

¡Cuántas veces, durante el dia, al verlo fatigado, lo tomaba en sus brazos y le colmaba de caricias, llevándole á traves de mil dificultades hasta que, agobiada por el cansancio, caía sin fuerzas, derramando lágrimas de dolor!

Con frecuencia los caritativos aldeanos la recogian exánime, y admirados de aquella abnegacion maternal la prestaban sus cuidados y la socorrian con solicitud.

Una noche pidió por caridad un albergue en la casa de un labrador, en cuya cocina brillaba un fuego alegre, que despedia luminosos rayos, en el hueco de una antigua chimenea.

Al verla tan pálida con un niño de la mano y apenas pudiendo sostenerse en pié, la labradora corrió en su socorro y la condujo hasta cerca del hogar, en donde la hizo sentar diciendo:

—Descansad, pobre mujer; ahora cenaréis, y despues podeis dormir hasta el dia.

—Un poco de paja me será suficiente, balbuceó Margarita.

—No, no; tendréis buena cama.



pues en mi casa no faltan, gracias á Dios. ¡Qué niño tan hermoso y tan rubio! ¿Es hijo vuestro?

—Sí señora.

—¿Y vuestro marido?

—¡Ay! hace dos meses que murió.

—¿Y adónde vais?

—A Madrid.

—¿A pié?....

—No tengo recursos más que para poder pagar nuestra frugal comida y estar en una posada un día ó dos, ínterin encuentre una casa para servir y puedo interesar á una parienta en favor de mi hijo.

—¿Para qué?

—Para que entre en su relojería como aprendiz.

—Tan niño.....

—Es muy inteligente.

Y la cariñosa madre abrazó tiernamente á su Alfonso.

—¡Qué casualidad tan feliz! exclamó la caritativa labradora dirigiéndose á su marido, que, sentado en un banco de madera, escuchaba la conversacion.

—María, imposible es que en el mundo haya una mujer más buena que tú, la dijo; te comprendo, y te ayudaré en la buena obra.

—Tampoco hay hombre más complaciente, contestó María sonriéndose con orgullo: tengo un

hijo de un año, añadió mirando á Margarita, y quién sabe si un día me podré encontrar en vuestro caso, y entónces, ¡cuánta sería mi ventura si encontrase quien me ayudara y me sostuviera en las penalidades. Tengo en Madrid un hermano precisamente relojero, y á su casa os encaminaré: allí encontraréis pan y caridad, y vuestro hijo un porvenir. Mi marido, que es bueno como los ángeles, os acompañará.

Margarita no pudo contestar; la emocion embargaba su voz, y la gratitud, unida al júbilo que sentía, bañaba con dulce llanto su rostro.

Sus sacrificios, su amor maternal, tendrían su recompensa.

Alfonso, que sentía verdadera adoracion por su madre, se dirigió á la labradora, y cayendo de rodillas, exclamó:

—Dios premie todo lo que haceis por nosotros; Dios os recompense, como yo se lo rogaré, pues mi pobre madre es digna de compasion.

Al día siguiente Margarita, su hijo y el honrado Juan se pusieron en camino, y por la tardecita llegaron á Madrid.

Todo salió segun María habia indicado. Margarita quedó instala-



da en la casa y Alfonso empezó su aprendizaje con notable acierto, logrando en corto tiempo captarse el cariño de su maestro, que vivía solo y sin tener más familia que María.

El niño, comprendiendo todo lo que debía á su buena madre, que á pié y sin recursos habia emprendido un viaje sólo por él, formó el plan de en pocos años, á fuerza de aplicacion, crearse una posicion independiente.

La anciana parienta, que en un principio, temiendo acaso que la viuda y el huérfano fuesen una carga para ella, se habia manifestado indiferente á su desgracia, sintió despertarse su aficion ante la laboriosidad é inteligencia de Alfonso, y le colmó de agasajos.

Modelo de buenos hijos, ejemplo de amor filial, consiguió Alfonso hacerse amar de propios y extraños, y algun tiempo despues su maestro le dijo un dia:

—Hijo mio, me voy haciendo viejo, y nadie mejor que tú puede ocupar mi puesto; pero como yo no podria vivir sin escuchar el *tic tac* de los relojes, sufrirás que por pasatiempo te ayude en el trabajo.

Margarita permaneció siempre al lado del honrado relojero y de Alfonso, quien no se casó ínterin vivió su madre, por no tener que compartir con nadie su cariño y atenciones.

María y su marido solian decir:

—A nosotros nos deben su bienestar. ¡Cuán satisfechos debemos estar de nuestra obra de caridad!





## EL PAJARITO.

Un bello pajarito,  
 Aunque en jaula dorada,  
 Con tristes melodías  
 Así se lamentaba :  
 ¿ De qué me sirve verte,  
 Luz bienhechora y santa  
 Do ese sol que alegría  
 En pos de sí derrama,  
 Si siempre prisionero  
 Nunca podrán mis alas  
 Alzarse en rauda vuelo  
 Gozando dichas tantas?  
 Las bellas florecillas  
 Que aromas mil derraman,  
 Más bien son mi tormento  
 Que alivio de mis ansias.  
 ¡ Oh ! ¡ Quién gozar pudiera  
 La libertad sagrada  
 Por que tanto suspira  
 El que cautivo se halla !  
 Un marrullero gato,  
 Que al pájaro escuchaba,  
 Después de haberle oído,  
 De esta manera exclama :  
 — ¿ Quieres vivir alegre,  
 Libre de pena tanta,  
 Volando por los prados ,  
 Viviendo entre las ramas ?  
 Pues al primer descuido  
 Que tenga tu guardiana  
 Salta sin detenerte  
 De tu triste morada.  
 Confuso el pajarillo  
 Escuchó aquella plática,

Pues nunca buen amigo  
 Al gato le juzgaba.  
 Mas tanto éste le dijo  
 Con tan dulces palabras,  
 Que al fin el inocente  
 Creyó no le engañaba ,  
 Y en el primer momento  
 Que su amorosa ama  
 Dejó, sin advertirlo,  
 Su puerta mal cerrada,  
 Gozoso y placentero  
 De su jaula se lanza  
 Creyendo que tenía  
 Su dicha asegurada.  
 Mas el tremendo gato,  
 Que esto sólo esperaba,  
 Sobre él se precipita  
 Y sin piedad le mata.  
 Así acabó su vida,  
 Del gato entre las garras,  
 Por seguir un consejo  
 Que imprudente juzgaba.

.....  
 Cuando de un falso amigo  
 Algun consejo emana,  
 Por más que él nos ofrezca  
 Las dichas más soñadas ,  
 Tenerse debe en cuenta  
 Que oyendo sus palabras  
 Sólo conseguiremos  
 Labrar nuestra desgracia.  
 ¡ Quien desprecia al prudente  
 Su ruina siempre labra !  
 ¡ Quien del falso se guía  
 Triste su vida acaba !

LUISA ESCUDERO.



EL QUE AMA LO FEO,

HERMOSO LE PARECE.

---

Minon no era uno de esos gatos aristocráticos y distinguidos, descendientes de la encantadora raza Angolina, á los cuales las niñas desean tanto acariciar, gracias á su belleza.

Minon era un gato de la raza más vulgar, de pelo rubio y corto, de cola un tanto escasa y de orejas más bien grandes que pequeñas.

Solamente tenía unos hermosos ojos de color de oro y una salud á toda prueba.

Se nos olvidaba decir que tenía un magnífico apetito, el cual, en algunas ocasiones, habia hecho creer á algunos que era un tanto goloso, pero esto no habia sido más que un mal pensamiento de algun enemigo.

En fin, sea como sea, el caso es que Minon era muy querido de la señorita Clotilde, que era una encantadora niña de ocho años. Y no solamente Clotilde le queria, le acariciaba y le cuidaba, sino que todos sus parientes amaban con ternura al afortunado Minon.

Difícil sería encontrar un gato

de su raza tan cuidado y tan querido.

Todo lo mejor que habia en la casa era para el señor Minon.

Por la mañana le daban un vaso lleno de leche caliente, al mediodia una magnífica chuleta, y por la noche un hermoso pastel.

En cuanto á dormir, Clotilde le habia hecho un precioso almohadon de raso, en donde pasaba Minon la mayor parte del tiempo entregado á deliciosos sueños.

Unas veces se ponía enroscado como una serpiente, cogiéndose la cola con los dientes, y otras puesto panza arriba, se entretenía en jugar con unas bolitas atadas á un cordón, las cuales agitaba Clotilde; pero para que Minon jugara era preciso que estuviera de muy buen humor.

Algunas veces (y no dejaban de ser bastantes) se iba de aventuras y no volvía á la casa de su ama más que para beber, comer ó dormir; pero en esto era tan exacto como si hubiera tenido un reloj en el estómago, pues siempre llegaba á buen tiempo.

Minon, á pesar de que hacia sus escapatorias, no era ingrato, ni nosotros queremos hacerle tal ofensa; se dejaba querer y queria á sus amos, sin que jamás los hu-



biera arañado ni por broma. El defecto que tenía nuestro buen Minon era el de creerse una notabilidad de belleza y de gracia; se figuraba que honraba á los que le

Los padres de Clotilde tuvieron que mudarse de casa.

Una mudanza es un trastorno para todo el mundo, y para un gato es un acontecimiento. Aque-



tenian, y jamas le pasó por la cabeza que pudiera tener que estar obligado á sus amos por ninguna cosa.

Pero ¡ay! el pobre animalito debía recibir bien pronto una terrible leccion.

lla mudanza hacia cambiar bruscamente de costumbres á Minon, y rompía todas sus relaciones de vecindad.

Sea, pues, que nuestro gato comprendiera lo que iba á pasar,



ó que los mozos de la mudanza le fueran antipáticos, el caso es que en cuanto los vió empezó á brincar y á ponerse de tal modo, que al verle de aquella manera le metieron en un cesto, que sujetaron con fuertes cuerdas; Clotilde quiso impedirlo, pero al fin comprendió la necesidad. Si Minon hubiera estado libre en medio de aquel desorden no hubiera tardado mucho sin haberse ido por alguna cueva ó por el tejado.

Cuando nuestro gato se vió encerrado empezó á lanzar terribles maullidos.

Clotilde cogió una silla y se sentó delante del cesto.

—Pobre Minon, le decia para consolarlo, ten paciencia. Te hemos encerrado por tu bien, pronto te pondremos en libertad.

Pero Minon no hacia caso y continuaba lanzando lastimeros maullidos.

Entónces Clotilde le llamó malo y se alejó.

Es verdad que tenía que atender á muchas cosas, como eran arreglar su muñeca y los muebles, entre los cuales había un magnífico armario de espejo que había costado más de tres pesetas.

Al fin se concluyó la mudanza, y no quedaron en la casa más que

Clotilde, sus padres y Minon, que seguía mayando tristemente.

Fueron por un coche y se metieron todos en él, incluso Minon, á quien Clotilde no quiso abandonar.

Pero nuestro gato, que no había viajado nunca, no sabía qué eran aquellas sacudidas que sentía al rodar el coche sobre el empedrado.

Le hacían un efecto malísimo, y de buena gana se hubiera metido las patitas en las orejas para no oír el ruido del carruaje.

Durante el trayecto consiguió Clotilde que sus padres le permitieran sacar un poco á su querido gato.

Esta fué una gran imprudencia, pues cuando se vió libre Minon empezó á saltar dentro del coche, con el pelo erizado y la vista extraviada.

Al fin consiguió calmarlo la voz de Clotilde.

Llegaron á la nueva casa, en donde se decidió que Minon se quedaria encerrado en una habitacion mientras se arreglaban los muebles.

Al fin sonó la hora de la libertad para el pobre gato, y pudo correr por toda la casa.

Lo primero que hizo al verse



libre fué esconderse en el rincón más oscuro, pero luégo fué oliendo todos los muebles uno por uno y renació de nuevo la tranquilidad en el ánimo de nuestro gato.

Pero á pesar de verle contento y tranquilo, no quisieron sus amos dejarle salir de casa durante mu-

guiente y el otro, y no pareció; preguntaron á los vecinos, pero ninguno le habia visto.

Clotilde derramó abundantes lágrimas.

¿Qué le habia pasado á su querido gato? ¿En dónde comeria?

Ademas, Clotilde habia oido ha-



chos dias, temiendo que no supiera volver.

Sin embargo, un dia se dejó la cocinera entreabierta la puerta, y Minon echó á correr por la escalera, y bien pronto se encontró en la calle.

Le esperaron todo el dia, el si-

blar de algunos traperos que mataban á los gatos que encontraban para comerse la carne y vender la piel.

Esta idea le atormentaba terriblemente, y en sus sueños no veia más que á su gato que se lo llevaban los traperos.



Pero dejemos á Clotilde, y sigamos á Minon en sus aventuras.

No habia abandonado nuestro gato su casa por mala intencion, sino con el objeto de respirar un poco el aire, como tenía costumbre desde su más tierna edad.

Iba andando tranquilamente, cuando vió á un negro que venía por la misma calle. Al verle se figuró que era el demonio, y de un salto salvó la tapia que separaba su casa de la inmediata.

De la tapia saltó á un jardin, en donde se propuso descansar; pero por su desgracia le vieron unos niños que habia en él, y empezaron á tirarle piedras, al mismo tiempo que exclamaban:

¡Fuera el gato rubio! ¡vaya un animal feo! ¡Fuera, fuera!

Minon, sin reflexionar, echó á correr y salió á la calle, en donde un feroz mastin empezó á perseguirle.

Nuestro gato 'entónces se refugió en un portal.

Pero la desgracia le perseguia, pues en seguida vió avanzar hacia él, con la escoba en la mano y en ademan hostil, á la portera de la casa, y el pobre Minon no tuvo más remedio que buscar otro asilo.

Pero en aquel instante pasaba

por la calle un regimiento con su música á la cabeza... El ruido del bombo y de los instrumentos de metal le concluyó de asustar, y empezó á correr desesperado, alejándose cada vez más de su morada.

Cansado de correr se refugió en la tienda de un zapatero, que acababa de abandonar su establecimiento para ir á echar unas copitas á la taberna vecina, y se acostó tranquilamente sobre un monton de botas viejas.

Entónces se puso á reflexionar por la primera vez de su vida.

¿Qué habia hecho él para merecer los tormentos que sufría?

¿Por qué él, que todos le querian en la casa de sus amos, se veia despreciado por todos fuera de ella? ¿Qué diferencia entre las dulces palabras de Clotilde y las injurias, las piedras y la escoba, que era lo único que habia encontrado desde que salió de su casa!

¡Un gato rubio! ¡Qué animal tan feo! habian exclamado al verle pasar. De seguro que me han tomado por otro, pensó Minon.

En aquel momento apareció en la puerta el maestro Crispin, que era el zapatero en cuya casa se habia refugiado nuestro gato.

Era un hombre ni jóven ni vie-



jo, de mediana estatura y de rostro colorado y ancho.

Minon, que no estaba acostumbrado á ver unas fachtas tan raras, no pudo contener un movimiento

Y en seguida se puso á buscar la causa de aquella rareza.

¡Maldito gato rubio! exclamó al ver á Minon. ¡Y qué feo es!

— Como él es tan bonito, pensó



de sorpresa y de disgusto al verse en tan mal compañía; movimiento que hizo caer varias botas.

¡Oh! ¿qué es esto? exclamó el maestro Crispin: ¡mis botas andan solas!

nuestro gato, lastimado en su amor propio.

— Sin embargo, aunque no tenga nada de bonito, eso no importa, continuó el zapatero. No ha tenido mala ocurrencia en venir



aquí; parece que ha adivinado que necesitaba un gato para destruir á esos infames ratones que me comen todas las botas. Vamos, te admito á mi servicio, y te autorizo para que te comas todas las ratas y ratones que encuentres. Ahora te enseñaré la casa.

Y despues de pronunciar estas palabras, abrió Crispin una puerta que daba paso á una pieza oscura y húmeda, en donde metió á Minon, empujándole con el pié.

Aquella habitacion era la cocina, el comedor y la alcoba del nuevo amo de Minon.

El maestro Crispin cogió de un cesto viejo un trozo de queso medio podrido y se lo dió á nuestro gato al mismo tiempo que le decia :

—Toma, come eso para hacer boca. Los ratones te servirán de cena.

Minon miró el queso con disgusto, pero su amo, sin reparar en ello, volvió la espalda y se puso á trabajar.

Al verse nuestro gato en aquel sitio, en donde no podia dar un paso sin levantar una nube de polvo, empezó á mayar tristemente.

Crispin, que queria que todos los que vivieran á su lado estuvieran contentos, se volvió y le di-

jo, al mismo tiempo que le amenazaba con el tira-pié :

—Come y calla, porque si no.....

—¡Qué barbaridad! pensó Minon y calló.

Pero cuando guardó silencio, empezaron á salir ratones por todas partes.

Minon quiso lanzarse sobre ellos, pero como no se habia dedicado nunca á la caza, los ratones desaparecieron, dejándole humillado y cabizbajo.

Al cabo de un rato, y movido por el hambre que empezaba á sentir, se puso en acecho á ver si podia coger algun raton.

Su amo entraba de cuando en cuando, y al verle acechando á los ratones, murmuraba :

Bien, muy bien, cómetelos todos hasta que no quede ni uno. Ya que eres feo, sirve para algo.

—Muy poca cosa debo ser yo, pensaba Minon, para que un zapatero remendon se permita tratarme de esta manera.

Y naturalmente, al cabo de pensar en esto, vino á pensar en su amita Clotilde, que tanto le queria y acariciaba, y como consecuencia de estos pensamientos, formó la resolucion de volver á la casa de sus primitivos dueños.

Pero despues de haber formado



dicha resolución, comprendió que no podía realizarla, porque no sabía el camino, y que había sido un estúpido en haber abandonado todas sus comodidades para verse como se veía.

Estas tristes reflexiones le llenaban de melancolía y de desesperación.

Ocho días habían pasado de este modo, y los disgustos y la mala comida le habían hecho adelgazar de un modo terrible. Su pelo, tan suave y tan limpio otras veces, era ahora áspero y sucio, y lo que más le desesperaba era que su amo había dicho que puesto que no cogía ratones le iba á echar á la calle, porque no quería mantener á un holgazán.

¿Qué sería de él si le arrojaban á la calle?

Iba ya á entregarse á la más terrible desesperación, cuando oyó una voz que no le era desconocida. Alzó vivamente la cabeza y vió á Rosa, la doncella de su ama Clotilde, que llevaba unas botas á componer.

¡Minon! exclamó Rosa con sorpresa.

Minon empezó entonces á restregarse por su vestido, haciendo un cariñoso rum, rum.

¿Eres tú, mi pobre gatito? ¿Qué

contenta se va á poner la señorita!..... Tanto como ha llorado por tí.....

—¡Cómo! ¿Conoce V. á este animalito? preguntó Crispin con cierta sorna.

—Ya lo creo, como que es de mis amos, respondió Rosa. Después continuó cogiendo á Minon en sus brazos:—Pobre minino, ¿cómo no has encontrado tu camino para volver? ¿Qué tonto eres!

—Y tan tonto, exclamó el zapatero; ¡no sabe ni coger un ratón! Lléveselo V., porque pensaba echarlo á la calle, aunque perdiera el dinero que me ha costado su comida.

—¡Vaya una comida! pensó Minon.

—No perderá V. nada, contestó la criada, ahí tiene V. una peseta por los ocho días que le ha tenido V. ¿Es bastante?

—Sin duda que sí.

—Entonces me llevo mi gato, añadió Rosa envolviendo á Minon en su delantal.

En seguida se dirigió todo lo deprisa que pudo á casa de sus amos, mientras Crispin se iba á la taberna á beberse la peseta convertida en vino.

No se puede describir la alegría que sintió Clotilde cuando volvió



á ver á su querido gato. Minon por su parte no cesaba de lamerle la quetita para mirarle más á su gusto.



cara y de hacerle mil caricias.

Clotilde le colocó sobre una ban-

¡ Qué delgado y que sucio está! murmuró,





LA PRIMERA EDAD \_ NINEZ ILUSTRADA  
MADRID \_ Administracion de los Niños.



Des  
ontin  
¡ Er  
bien a  
le po  
le se  
queja  
Todo  
leche  
que n  
te se  
jes a  
noha  
dado  
sar d  
sin d  
lo m  
gaña



Despues, dirigiéndose á Minon, continuó:

¡Eres muy malo! ¿Te parece bien abandonar á tu amita Clotilde por irse con un zapatero que le seguro te trataria mal? ¿Qué queja tienes de mí? ¡Responde! Todos te quieren aquí..... Tomas leche todos los dias, comes de lo que más te gusta, y todo lo que te se pide en cambio es que te desjes acariciar. Duermes sobre un almohadon muy blando, estás cuidado como un príncipe..... y á pesar de eso te vas de mi lado. Creías sin duda que todos te iban á tratar lo mismo, pero ya te habrás desengañado.

—Muy bien dicho, hija mia, di-

jo la madre de Clotilde, que la habia estado oyendo. *El que ama lo feo, hermoso le parece*, suele decirse, y ahora es una verdad. Minon, al ver que todos le mimábamos, creyó que era por su mérito, sin comprender que era por el cariño que le teníamos; pero fué á otra parte y se convenció de la realidad.

Muchos niños son parecidos á Minon, querida Clotilde; creen que son muy buenos y muy sabios porque atribuyen á su mérito las caricias que les hacen, sin comprender que sólo las deben á la indulgencia y al amor de sus padres, cuyo cariño disimula todos los defectos.





## LA OBEDIENCIA.

Rosita era una hermosa niña, hija de una rica viuda que tenía todo su placer en darla una brillante educación, y sobre todo en enseñarla á ser complaciente y dócil á los preceptos que se la imponían.

Hacia ya mucho tiempo que Rosita abrigaba la dulce esperanza de que en breve pasaría un día feliz con todas sus compañeras, pues iba á haber una romería muy pronto, y todas las niñas del pueblo estaban invitadas á ella, teniendo, como era natural, preparados todas trajes nuevos para aquel día, y cada cual soñaba con la parte que le había de tocar en aquellos inocentes placeres.

Un carruaje grande está dispuesto para conducir las, y la casa de Rosita se había señalado, á invitación de su mamá, para punto de reunión, partiendo desde allí al sitio donde había de celebrarse el festín.

Ya llegó por fin el señalado día; todas las niñas, lujosamente vestidas, se fueron presentando en casa de Rosita, y cada cual gozaba descubriendo sus proyectos para hacer más amena aquella diversión.

Solo faltaba que Rosa acabara de vestirse para partir, y al cabo se presentó entre sus compañeras con un precioso traje azul de seda y un aderezo muy bonito que le habían regalado para aquel día.

Todas celebraron el buen gusto con que Rosa iba vestida y lo mucho que el traje hacia resaltar su natural hermosura. Rosa oía sus elogios con la mayor modestia, tributando á cada una de sus amigas alguna palabra elogian-do también sus vestidos ó sus gracias.

Por último, se oyó la ansiada orden de subir al coche, y todas se precipitaron por ser las primeras en llegar, mientras Rosita, sin afanarse, les cedió la delantera quedándose la última para subir á él; pero en el momento que lo iba á efectuar la llamó su mamá y le dijo que un motivo urgente la obligaba á quedarse en el pueblo, y de consiguiente, era preciso que ella se privara de aquella diversion para acompañar á su madre.

Rosa sintió con toda su alma aquel contratiempo, pero acostumbrada á obedecer, se despidió de sus amigas sin demostración de pesar ninguno, deseándolas se divirtieran mucho, y después subió con su mamá á su habitación, y complaciente como siempre á lo que ésta la decía, comenzó á desnudarse colocando las cosas en su sitio para después dedicarse á sus labores; pero su tierna madre, que sólo había querido poner á prueba su obediencia, no la dejó que terminara, y haciéndola vestirse otra vez, la abrazó tiernamente, y la dijo que para darla un premio por lo resignada que había estado á sus deseos, iba á mandar



preparar la tartana para llevarla con sus amigas, y le daría infinitos dulces que le tenía guardados para que las obsequiara á todas.

Todo se hizo como su mamá había dispuesto. Rosa llegó al sitio de la función poco después que sus compañeras: éstas la recibieron con muestras del más loco regocijo, pues la querían mucho, y ella las obsequió largamente con los dulces que llevaba.

Todos los deseos de las niñas se vieron realizados, pasando todas un día completamente dichoso, pero cada cual procuró recordar siempre la lección que les dió la hermosa Rosita, teniendo presente

Que se debe con prudencia  
Observar ciega obediencia;  
Pues premia Dios dulcemente  
Al niño que es obediente.







## SANTA ISABEL, REINA DE HUNGRÍA.

(19 Noviembre.)

¡Oh Reina caritativa!  
Que fuiste siempre consuelo,  
De todos los que en sus penas  
A tu piedad acudieron;  
Tú á los niños desvalidos  
Abrigabas en tu seno,  
Y curabas por tu mano,  
Cariñosa, á los enfermos.  
Tú dejabas del alcázar  
Los hermosos aposentos,  
Para ir á los hospitales  
A dar al pobre remedio.  
Permita Dios, santa Reina,  
Que inspirándome en tu ejemplo,  
Pueda yo de muchos pobres  
Aliviar los sufrimientos,



## Cuentos de Schmid.

## I.

## EL VERDADERO DIOS.

Vivia un jóven cristiano en la casa de un idólatra, y le decia con frecuencia: «No hay más que un solo Dios, criador del cielo y de la tierra; él hace resplandecer el sol y caer la lluvia; ve todas nuestras acciones, conoce todos nuestros pensamientos y oye todas nuestras oraciones. El Dios vivo tiene él solo poder de corregirnos, de curarnos, de salvarnos ó condenarnos. Esos ídolos que teneis aquí han sido fabricados con barro; no tienen la facultad de ver ni de oír, y de consiguiente, no pueden hacer bien ni mal á los que los adoran.» Pero el pagano cerraba los oídos á la verdad.

Un día que salió al campo, aprovechándose el jóven de su ausencia, cogió un palo é hizo pedazos todos aquellos ídolos, y no perdonó sino al más grande, en la mano del cual tuvo cuidado de colocar el palo que le habia servido para hacer pedazos á los demas. Cuando el pagano volvió, gritó lleno de cólera:

—¿Quién ha llevado la audacia hasta este punto?

El niño respondió:

—¿No creéis que vuestro ídolo grande haya podido destruir á sus hermanitos?

—No, es el hombre, pues jamas ha movido la mano. Tú, bribon, eres el que has hecho semejante fechoría; tú eres el que has hecho pedazos mis dioses, y para castigarte por esa crueldad, te voy á pegar con ese mismo palo.

Pero el niño replicó con aire sereno:

—Calmad y aplacad vuestra cólera; si no creéis en vuestro ídolo el poder de ejecutar lo que yo he podido hacer, débil niño, ¿cómo creéis que sea el Dios Todopoderoso que hizo el cielo y la tierra!

Mudo quedó el pagano y se puso á reflexionar. Rompió él mismo el último ídolo que le quedaba; despues se hincó de rodillas y por primera vez adoró al verdadero Dios.

## II.

## EL BUEN PADRE.

El buen padre se hallaba detenido en la capital por negocios importantes, mientras que su esposa y sus hijos vivian léjos de él en una pequeña hacienda en el campo. Sucedió un día que el padre envió á los hijos un gran cajon lleno de cosas muy bonitas con una carta en la que decia: «Mis queridos hijos: sed piadosos y prudentes y os permitiré que vengais á reuniros conmigo. Alegraos, porque en la casa que os he preparado, que es muy linda, os reservo regalos y juguetes más bonitos y preciosos todavía.»



Los niños estaban encantados y entusiasmados, y gritaban:

—¡Qué bueno es nuestro papá! ¡Con qué ternura nos envía cuanto puede gustarnos y divertirnos! Así, querámosle con todo nuestro corazón, y aunque vive lejos de nosotros y no podemos verle, recordemos sus facciones. ¡Oh! seguramente, por nuestra parte nada nos costará el agradarle y trataremos de seguir en todo los mandatos que nos da en su carta. ¡Qué contentos estamos y cuán felices somos con la promesa que nos ha hecho de llevarnos á su lado!

—¡Mis queridos hijos, dijo la madre, Dios obra así con los hombres en la tierra, como vuestro papá acaba de obrar con vosotros. No podemos ver á Dios; pero su providencia nos envía mil preciosos dones: el sol, la luna, las estrellas, las flores, los frutos y todas las producciones de la tierra. El santo Evangelio es, por decirlo así, una carta de Dios, en la que nos revela su voluntad, prometiéndonos el cielo si observamos sus mandamientos. Y no sólo esto, sino que nos aguardan dones más magníficos, alegrías más completas que los bienes y las alegrías de la tierra. Correspondamos á Dios con amor, observemos sus mandamientos y regocijémonos anticipadamente porque un día seremos admitidos en el cielo, donde le veremos cara á cara, y donde el gozo, entusiasmo y felicidad serán eternos é indecibles.

### III.

#### LA MADRE PIADOSA Y SUS HIJOS.

Una señora de alta jerarquía y nacimiento, á quien sucesos desgraciados habian reducido á vivir en el destierro y la miseria, decia en un dia de gran fiesta á sus dos hijos: «¡Cuán desgraciada soy por no poder ir al templo del Señor en este solemne dia á unir mis oraciones á las de los millares de fieles que que allí se reunen para adorarle! Pero hay mucha distancia desde aquí á la poblacion; mi edad y mis enfermedades me impiden el ir á pié, y no podemos servirnos del carruaje, pues por necesidad nos hemos visto obligados á vender los caballos.»

Inmediatamente los dos hijos, cogiendo dos fuertes ramas de un árbol y atándolas al sillón de su madre, formaron una especie de silla de manos, sobre la cual la llevaron á la iglesia á pesar de sus suaves reconvenciones.

Todo el pueblo quedó maravillado con aquel espectáculo y conmovido hasta derramar lágrimas, y sembró de flores y hojas verdes el camino desde las puertas de la ciudad hasta la entrada del templo. Por todas partes resonaban los gritos: ¡honor, honor y gloria á la más feliz de las madres y á los más virtuosos de los hijos!

De este modo, en medio de los gritos de alegría del pueblo, llegaron aquellos excelentes hijos



hasta las puertas del templo. Su buena madre se arrodilló al pie del altar y oró en el fondo de su corazón. Dios de bondad, decía, dignaos derramar vuestra gracia sobre mis dos hijos y darles la recompensa á que se han hecho acreedores por haber cumplido sus deberes filiales. A la mañana siguiente, al irlos á despertar su madre, los encontró echados sobre sus camas hermosos, brillantes y cual dos ángeles dormidos... Empero no se despertaron más.

Al pronto la madre aterrada por la muerte súbita de sus dos queridos hijos, exhaló en gritos su dolor; mas en seguida se tranquilizó diciendo: Dios de bondad, habeis oído mis súplicas. Veo ahora que una muerte dulce y santa es todo lo que los mortales pueden mejor desear. Ahora mis hijos están á vuestro lado; la tierra no era bastante rica y poderosa para recompensar dignamente su ternura filial; por eso los habeis llevado á vuestro lado, á la morada de los bienaventurados.

#### IV.

##### EL HERMANO Y HERMANA.

Santiago y Ana hallábanse solos un día en la casa, cuando el primero dijo á su hermana:

—Vén, Anita, vamos á ver si encontramos alguna golosina con que regalarnos.

Ana respondió:

—Si tú quieres llevarme á un

sitio donde nadie pueda vernos, desde luego consiento.

—Pues bien, dijo Santiago, vén conmigo á la despensa, donde sé que hay un plato de natillas y verás con que gusto nos le comemos.

—No, respondió Ana, porque la vecina de enfrente puede vernos por una rendija que hay en la puerta.

—Pues entónceS vente conmigo á la cocina, dijo Santiago, y en un armario hay una orza de miel en la que untarémnos nuestro pan y verás qué cosa tan deliciosa.

—Mira que hay una ventana, replicó Ana, tambien enfrente y allí está sentada hilando siempre y nos va á ver desde luego.

—Pues bien, ¿sabes qué podemos hacer? Nos bajamos á la bodega y allí encontraremos excelentes manzanas y podrémos echar un traguito de vino, y como está á oscuras, de seguro nadie del mundo podrá vernos.

—Hermanito, respondió Ana, ¿crees tú de verás que nadie absolutamente podrá vernos? ¿No sabes tú que hay en lo alto un ojo cuya mirada penetra á través de las paredes y ve claró en las más profundas tinieblas?

Parado quedó Santiago con esta observacion; guardó un momento de silencio, y luego exclamó:

—Razon tienes, hermanita; Dios está presente en todas partes, su mirada nos observa en donde ningún ojo humano pudiera alcanzar; guardémonos, pues, de cometer ningún mal.



Regocijóse Ana al ver que su hermano hacia caso de sus reconvencciones, y le regaló una linda estampa donde se veía el ojo de Dios rodeado de rayos de luz.

## V.

## EL BUEN TIEMPO.

—¡ Ah! ¿ por qué no hace todos los días buen tiempo y luce un hermoso sol? exclamaba Federico un día que soplabá el viento con violencia y caía la lluvia á torrentes. A la semana siguiente se cumplió el deseo de Federico, y durante meses enteros no se vió la menor nubecilla en el horizonte.

Esta larga sequedad causó grandes perjuicios en los prados, en los campos y aún en el jardín de Federico. No tardaron en ajarse sus flores, y el lino que había sembrado, del que esperaba una hermosa cosecha, apenas llegó á tener la altura de una pulgada.

Desconsolábase Federico.

—Ahora ves, hijo mío, dijo su madre, que la lluvia es necesaria como el buen tiempo. No nos sería bueno tampoco á los mortales el tener siempre días felices y serenos en la vida; necesitamos también sufrir días de oscuridad y sombrías nubes, es decir, penas y pesares para llegar á la madurez, esto es, á la virtud.

## VI.

## LA LLUVIA.

Volvia un día un comerciante de la feria. Iba á caballo, y detras de él llevaba su maleta llena de dinero. Caía á torrentes el agua, y el buen hombre, mojado hasta los huesos, no pudo contener un movimiento de impaciencia; murmuraba de que Dios le daba tan mal tiempo para su viaje. Pero después, al atravesar un espeso bosque, vió con terror detras de un árbol á un ladron que le espiaba y le apuntaba con su trabuco echado á la cara. El ladron quiso hacer fuego; pero habiéndosele mojado la pólvora con la lluvia, no prendió el cebo, el tiro no salió, y el comerciante, picando espuelas, logró escapar felizmente.

Cuando se vió en seguridad se dijo á sí mismo: ¡Qué insensato y necio era en no recibir el mal tiempo como un particular beneficio de la divina Providencia! Si hubiese hecho buen tiempo y no hubiese habido humedad, de seguro hubiera muerto, nadaria en mi sangre á estas horas, y mi familia, desolada, en vano esperaria mi vuelta. La lluvia que me hacia murmurar me ha salvado la vida y la bolsa.



## VII.

## EL ARCO-ÍRIS.

A consecuencia de una terrible tormenta, pero que hizo mucho bien á la naturaleza, apareció de repente en el horizonte un magnífico arco-íris. Enriquito, que miraba por la ventana, lo vió y exclamó lleno de alegría:

—¡Jamás, desde que estoy en el mundo, he visto tan admirables colores! Allí abajo, cerca del viejo sauce, á orillas del arroyuelo, baja desde lo alto de las nubes hasta la tierra. ¡Oh! estoy seguro que todos esos hermosos colores van á caer en gotitas en cada hoja de aquel árbol; corramos pronto á recogerlas en todas estas conchas de mi caja de pinturas.

En efecto, echó á correr el niño cuanto pudo hácia el sauce; pero con grande asombro suyo se encontró solo en medio de la lluvia, y no descubrió cerca del árbol la menor huella de aquellos tan codiciados colores. Mojado hasta los huesos, volvió á tomar tristemente el camino de su casa, y contó á su padre su percance.

El padre le contestó sonriéndose:

—Hijo mío, esos colores no son de los que se pueden poner en conchas; son gotitas de lluvia que brillan algunos instantes á la claridad del sol. Esos resplandecientes matices no tienen nada de real ni de sólido. Son lo mismo, mi

querido hijo, que todas las pompas y vanidades de este mundo, que nos parecen que son algo, y que en realidad no son más que un vano y falso resplandor.

## VIII.

## EL ECO.

Manolito no sabía aún lo que es un eco. Hallándose un día en un prado se puso á gritar: ¡Oh! ¡oh! ¡oh!..... y oyó repetir inmediatamente las mismas palabras en el cercano bosque, ¡oh! ¡oh! ¡oh! Admirado el niño se puso á gritar: ¿Quién eres?..... y la misma voz repitió: ¿Quién eres?..... Incomodado de que le devolvían sus mismas preguntas sin responder á ellas, Manolito replicó: Tú eres un tonto..... Tú eres un tonto, repitió la voz desde el fondo del bosque.

Entonces Manolito, lleno de cólera, redobló las injurias que enviaba al bosque, y que el eco se las devolvía con toda puntualidad; despues recorrió toda la extensión de la pradera para buscar y dar de palos al chicuelo que, según su parecer, se divertía en hacerle burla, empero no encontró á nadie. Desesperado de no haberse podido vengar, corrió Manolito á su casa y se quejó á su madre.

—Un pilluelo, la contó, se ha ocultado en el bosque para divertirse y decirme mil picardías.

—Hijo mío, le dijo su madre; tú mismo te has vendido y te acu-



sas. Sabe que no has oído más que tus propias palabras. Muchas veces te has visto el rostro reflejado en el agua; pues bien, acabas de oír tu propia voz reflejada lo mismo en el bosque. Si tú hubieses pronunciado palabras urbanas y corteses, el bosque no te hubiera devuelto más que palabras corteses y urbanas. Esto es lo que siempre sucede; la conducta de los demás para con nosotros, es ordinariamente el eco de la nuestra. Si nos comportamos con honradez con ellos, la usarán con nosotros; pero si somos duros y groseros con nuestros semejantes, no debemos aguardar de ellos otro trato.

### IX.

#### EL MANANTIAL.

Un día que hacia mucho calor fué Carlitos al campo. Había andado y corrido mucho, tenía las mejillas encendidas y se moría de sed. De repente llegó cerca de un manantial que, á la sombra de una hermosa encina, brotaba como un rico, claro y brillante hilo de plata. Precipitose inmediatamente sobre aquella agua tan fría como el hielo; empero apenas había bebido de ella, cuando cayó sin sentido. Llegó enfermo á casa de sus padres y le acometió una fiebre muy peligrosa. ¡Ah! decía suspirando en su lecho de dolor; al ver aquel manantial, ¿quién hubiera dicho que contenía tan

terrible veneno? Oyóle su padre, y le dijo:

—No es el manantial quien causa tu enfermedad, su agua es pura y saludable; es tu imprudencia y tu ánsia al beberla.

### X.

#### LAS FLORES.

En una hermosa mañana de primavera había ido Conchita á pasearse á lo largo de una alameda que había á las inmediaciones de la aldea, divirtiéndose en coger flores en sus laderas para formar un ramo. Descubrió allí una multitud de lindísimas violetas; llena de júbilo con aquel hallazgo, se puso á recogerlas codiciosamente.

—Hija mía, le gritó un viejo aldeano; aléjate de esa vereda, porque en ella hay serpientes venenosas.

Conchita retrocedió espantada; pero el deseo de poseer aquellas lindas flores la hizo volver otra vez.

—Es preciso, dijo para sí, que coja aquella linda violeta que veo allí abajo, y cuyo azul brilla tan magníficamente. En el momento en que se disponía á cogerla, se lanza una víbora sobre ella, enróscase en su brazo y la causa una mordedura mortal. Al cabo de algunas horas, aquella pobre Conchita, tan hermosa, tan linda, tan fresca, no era más que un frío é inanimado cadáver.



## XI.

## LAS MANZANAS.

Una mañana Carlitos descubrió desde la ventana de su casa, que daba sobre la huerta de su vecino, una gran cantidad de hermosas manzanas esparcidas en la hierba. Bajó Carlitos lo más pronto que pudo; se introdujo en el jardín arastrándose como una culebra por un agujero que habia en la empalizada, y cogió muchas manzanas, de las que se llenó los bolsillos. Mas, cádate que de pronto aparece allí el propietario con un palo en la mano; Carlitos se lanza lo más pronto que pudo para escaparse hacía el mismo agujero por donde habia entrado; pero ¡oh desgracia! sus bolsillos atestados de manzanas le hacian tan grueso, que el ladronzuelo quedó atascado en el estrecho agujero sin poderse mover. Fuéle preciso restituir las manzanas robadas, y recibir ademas una severa correccion por su hurto.

## XII.

## LA PERA.

Una noble señora llegó á colocar á su hijo Adolfo de paje en la corte de un príncipe. En el momento en que se despedia de él llorando, le dirigia las exhortaciones y los consejos más justos y prudentes.

—Hijo mio, le decia, lleva siempre á Dios en tu corazón y obra en todas ocasiones como si te estuvie-

se viendo. Respeta al príncipe tu amo, y manifiesta á tus camaradas un afecto fraternal; sobre todo, vigila mucho y cuida de no entregarte á tu inclinacion favorita, la *gula*.

Instalado en la corte Adolfo, fué encargado de servir al príncipe á la mesa. Un dia llevaba en un plato de plata unas peras cocidas con azúcar: Dióle la tentacion de comerse una de aquellas peras, y se la tragó con ánsia; pero apenas hubo puesto el plato sobre la mesa cuando el desgraciado niño cayó de repente muerto. La pera, que estaba aún muy caliente, le habia abrasado la garganta y el estómago.

## XIII.

## LA NUEZ.

Bajo un magnífico nogal, á la entrada de una aldea, dos muchachos encontraron una nuez.

—A mí me toca, dijo Ignacio, porque soy quien la habia visto primero.

—No, sino á mí, contestó Bernardo, porque soy el que la he cogido.

Y héte aquí que se suscita una violenta riña entre los dos.

—Voy á ponerlos en paz, les dijo otro muchacho de más edad y más fuerte que ellos y que llegó por casualidad allí.

En efecto, colocóse entre los dos pretendientes, abrió la nuez y pronunció esta sentencia:



—Una de las cáscaras pertenece á aquel que la ha visto primero; la otra cáscara, al que la ha cogido; en cuanto á la almendra, yo me la guardo por costas del juicio. Esto, añadió riendo, es el fin ordinario de todos los pleitos.

#### XIV.

##### LA CORTEZA VERDE DE LA NUEZ.

Halló Luisita en un jardín una nuez cubierta todavía de su cáscara verde. La cogió creyendo que era una manzana y quiso comérsela, pero apenas la hubo hincado el diente, la arrojó á tierra exclamando:

—¡Puf! ¡qué cosa tan amarga!

Manolito, su hermano, que era más listo que ella, recogió inmediatamente aquella nuez, le quitó la primera cáscara con los dientes y dijo:

—Yo no reparo en lo amargo de esta corteza, porque sé que encierra una almendra muy dulce y muy rica y que me va á dar mucho gusto al comerla.

#### XV.

##### LA RAMA VERDE.

Era Federico un chiquillo muy petulante y muy aturdido. Jamás hacia caso de las prudentes reconvencciones que se le hacían; al contrario, burlábase de ellas y las ponía en ridículo.

Hallábase un día en el jardín

con su hermana Sofía. El pequeño parterre de esta niña, cultivado y cuidado con esmero, estaba adornado de lindas flores, miéntras en el de Federico, todo en desórden, se veían sólo espinos y malezas.

—Hermanito, hermanito, le dijo Sofía, ¿cómo puedes descuidar así tu jardín? Si no te aplicas más en tus cosas, recuerda lo que tantas veces nos dice la mamá. Si este niño no se corrige, jamás subirá sobre una rama verde (1).

Echóse Federico á reir de aquel prudente consejo, y trepando sobre un gran peral, púsose á caballo sobre una rama y gritó:

—¡Mira, Sofía, si no he logrado subir sobre una rama verde!

Apénas había pronunciado estas palabras, ¡crac! héte aquí que se troncha y rompe la rama..... Federico cayó á tierra y se rompió un brazo.

#### XVI.

##### LA PLANTA PRECIOSA.

Dos criadas, Brígida y Nicolasa, caminaban juntas hácia un pueblo llevando cada cual sobre la cabeza una pesada cesta con fruta.

No cesaba en todo el camino Brígida de quejarse y de suspirar, y Nicolasa, por el contrario, iba alegre, contenta y chanceándose.

(1) Para decir *prosperar*, *hacer fortuna*, usan los alemanes del adagio *subir sobre una rama verde*. (Auf den grünen zweig kommen.)



Brígida dijo :

—Mujer, ¿cómo puedes reírte con tanta gana? tu carga es al ménos tan pesada como la mia y no eres más fuerte y robusta que yo.

Nicolasa la respondió:

—He echado encima de mi carga cierta planta que me la hace más ligera, y si quieres seguir mi consejo haz tú otro tanto.

—Con mil amores, contestó Brígida; debe ser una planta preciosa, y de muy buena gana no sé lo que daría por proporcionármela á fin de aligerarme mi carga. Dime, por Dios, dónde has podido adquirirla y cómo la llaman.

Nicolasa respondió:

—La planta preciosa que tiene el poder de aligerar todas las cargas, se llama *la paciencia*.

## XVII.

### EL NABO.

Un pobre jornalero, habiendo cultivado cuidadosamente unos nabos en su jardinito, cogió uno de un grueso tan extraordinario que era el asombro de todo el mundo.

—Voy á llevarle á palacio, dijo, y se lo daré al príncipe, porque le gusta mucho ver los campos y los jardines bien cultivados.

En su consecuencia, tal como lo pensó lo hizo. Llevó el nabo á palacio, y el príncipe le prodigó los elogios que merecía su laboriosidad, le dió las gracias por su atención y le regaló dos onzas de oro. Un labrador del mismo pueblo,

que era muy rico y muy avaro, oyó hablar de esto, y se dijo á sí mismo: No haría yo mal de ir á ofrecer al príncipe el mejor de mis carneros; puesto que ha dado dos onzas de oro por un nabo, á mí me dará más por un hermoso carnero. Dicho y hecho. Echa una cuerda al mejor de sus carneros, se lo lleva al príncipe y le ruega que se sirva aceptarlo. Este penetró inmediatamente el motivo del vil interes que habia llevado á aquel avaro aldeano á ofrecerle el regalo, y conociendo su fingida generosidad, rehusó aceptar el presente. Tanto fué lo que instó y rogó el aldeano para que lo aceptase, que al fin el prudente príncipe le dijo:

—Pues bien, ya que me obligas á que admita tu regalo, no quiero ser ménos generoso contigo que tú lo has sido conmigo y voy á darte en cambio una cosa que ha costado el triple del valor de tu carnero. Al decir estas palabras, ofreció al avaro, que se hallaba confuso y cortado..... el gran nabo de que habia oído hablar.

## XVIII.

### LA COL.

Dos artesanos, José y Benito, que caminaban juntos un dia, pasaron cerca de una huerta situada en el extremo de una aldea.

—Mira, mira, dijo José, qué hermosas son aquellas coles. Jamás las he visto tan grandes.

—¡Bah! respondió Benito, que le



gustaba ponderar, yo no encuentro nada de particular en esas cosas. En un viaje que hice vi una que era mucho más grande, sí, seguro, que aquella casa que está allí abajo.

—¡Hombre! eso es demasiado, replicó José, que era calderero. Sin embargo, recuerdo que yo he trabajado en un caldero que era más grande que la iglesia de esa aldea.

¿Qué estás diciendo? exclamó Benito. ¿Me dirás qué querían hacer con una caldera tan gigantesca?

—Cocer la col que tú viste, replicó José.

—Ya veo adónde ibas á parar, repuso Benito avergonzado y confuso; tú ordinariamente no mientes y me has hablado en esos términos para hacerme ver lo ridículo de mi mentira y que soy un verdadero ponderador. Me doy por vencido.

## XIX.

### LAS SETAS.

Envío una madre á su hija, llamada Catalina, á un bosque para coger setas, manjar que á su padre gustaba mucho.

—Mamá, exclamó la chiquilla, alégrate, que hoy las he encontrado muy hermosas y muy ricas. Mira, añadió destapando la cestita, todas encarnadas como una escarlata y parecen guarnecidas de perlas. Había también en el bosque de

esas pequeñas setas grises y sucias, semejantes á las que tú trajiste el otro día; pero como me han parecido muy feas, no me he detenido á recogerlas.

—Eres una locuela, la dijo su madre con terror; esas hermosas setas, á pesar del color y de las perlas con que brillan, son hongos que contienen un veneno terrible que hacen morir en cuanto se comen, mientras que las otras grises que tú has despreciado son precisamente las mejores á pesar de su poca apariencia. Del mismo modo, hija mía, se encuentran en el mundo muchas virtudes modestas desdeñadas por el vulgo, al paso que se ven vicios brillantes que los tontos admiran. El pecado mismo trata de seducirnos con su agradable apariencia.

## XX.

### LA CALABAZA Y LA BELLOTA.

Descansaba un aldeano á la sombra de una encina secular, y entreteníase en contemplar un plantío de calabazas que se extendía contra las verjas de un inmediato jardín. A aquella vista, nuestro aldeano se puso á menear la cabeza y á decirse á sí mismo:

—¡Hum, hum! no hallo bien que ese tallo trepador y tan delgado dé tan grueso fruto, mientras que esa grande y soberbia encina le da tan chiquitito. Si yo hubiera sido Dios, al crear el mundo hu-



biera hecho crecer sobre la encina las gruesas y hermosas calabazas de brillante amarillo oro, y hubiera querido que la menor pesase un quintal ó más. Entónces todo hubiera estado en su justa y debida proporcion.

Apénas hubo proferido estas impías palabras, cuando desprendiéndose del árbol una bellota vino á caer y darle justamente sobre la nariz, de la que arrojó una gota de sangre.

—¡Caramba! exclamó asustado nuestro hombre; acabo de recibir un gran capirotazo bien merecido por mi tontería. Si esa bellota hubiera sido una calabaza, de seguro que quedo para siempre con mis narices aplastadas.

#### EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

1. Niño de ocho á nueve años: pantalon corto y ancho y blusa con cinturon de paño gris oscuro; botitas de cabritilla negra.

2. Niña de nueve años: falda de saten de seda, color de violeta, cuerpo alto de la misma tela, cinturon de faya, negro, muy ancho, anudado atras con dos hojas y dos caídas largas, rotonda pequeña de felpa, color habana, recortada en ondas y éstas adornadas de un bies de faya de tono más claro, y en el centro de cada onda un boton de terciopelo negro y un lazo con

largas caídas en la espalda; sombrero redondo de felpa, igual á la rotonda, botitas de saten violeta oscuro.

3. Niña de once á doce años: traje de faya verde, falda con dos volantes funcidos, túnica muy larga con cuello y solapas, cerrada de alto abajo, con dos órdenes de botones, manga entre ancha, adornada como el cuello y la solapa con dos cintitas de terciopelo estrecho, botitas de saten de seda y cabritilla.

4. Niño de dos á tres años: vestido de cachemir color maíz claro, bordado de negro, gorrita de felpa blanca y azul, adornada con una pluma azul y otra blanca, zapatos del color del vestido.

5. Niña de cinco á seis años: vestido de cachemir azul oscuro, la falda va adornada en el bajo con dos volantes ligeramente fruncidos, de nueve centímetros de ancho, cuatro más estrechos adornan sobre éstos el paño de delante, cuerpo alto, cerrado, con pequeña aldeta por delante y muy larga por detras, adornada con un estrecho volante rizado; chaqueta larga, entallada, manga entre ancha; sombrero de terciopelo azul con el ala vuelta y forrada de terciopelo negro, botitas de cabritilla negra.



## ANUNCIOS.

# LOS NIÑOS.

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO,

DIRIGIDA POR

DON CÁRLOS FRONTAURA,

PREMIADA EN LA EXPOSICION DE VIENA.

Está terminándose el tomo VIII, con muchas láminas; 24 rs. en Madrid y 30 en provincias.—Los tomos anteriores al mismo precio.

CONSEJOS Á LAS MADRES PARA CRIAR BIEN Á LOS NIÑOS,  
por el sabio Dr. Donné.

Un tomo de 300 páginas, 8 rs. en Madrid y en provincias.

BARAJA GEOGRÁFICA DE ESPAÑA.

JUEGO INSTRUCTIVO,

DEDICADO POR D. F. LOPEZ FABRA

Á

LOS NIÑOS,

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO, DIRIGIDA

POR

DON CÁRLOS FRONTAURA.

Los 48 naipes expresan los límites, principales rios, ferro-carriles, capitales de Juzgado, personas célebres, sucesos notables, número de habitantes y extension de cada Provincia.

Los palos de la Baraja y su numeracion se hallan relacionados con la poblacion y magnitud de las Provincias.

Con esta Baraja, combinada con planitos que están preparándose y pronto se pondrán á la venta, se facilitará la instruccion geográfica con juegos entretenidos.

**PRECIO DE LA BARAJA 12 REALES.**

Para los Suscritores á LOS NIÑOS 6 reales.

---

MADRID, 1873.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de ARIBAU y C.<sup>a</sup>,  
sucesores de RIVADENEYRA.—Calle del Duque de Osuna, núm. 3.